

ISAIAH BERLIN: PLURALISMO DE VALORES EN LA SOCIEDAD LIBERAL

La figura intelectual de Sir Isaiah Berlin está cobrando forma entre nosotros gracias, fundamentalmente, al esfuerzo editorial del Fondo de Cultura Económica de México. De la mano de este editor nos han llegado las obras más significativas de Berlin: Pensadores Rusos (1979); Conceptos y categorías: un ensayo filosófico (1983); Contra la corriente: ensayos sobre historia de las ideas (1983); y, ahora, Impresiones Personales (febrero de 1984), que llega a nuestras librerías con casi dos años de retraso respecto a su edición en México. Esos títulos del F.C.E. completan otras ediciones de obras de Berlin en castellano: Libertad y necesidad en la historia (que incluye su importantísimo ensayo Dos conceptos de libertad) editada en 1974 por la Editorial Revista de Occidente; Karl Marx: su vida y su época, lúcida biografía crítica publicada por Alianza Editorial el año 1973; el ensayo John Stuart Mill y los fines de la vida publicado también por Alianza Editorial como introducción a la obra de Mill: Sobre la Libertad (1970). La Bibliografía completa de Berlin ha sido compilada por el editor inglés Henry Hardy y figura publicada al final del volumen Contra la Corriente. (F.C.E.).

Los ensayos en castellano sobre el pensamiento de Berlin no son muy numerosos pero sí valiosos. Si nuestra información no se muestra demasiado incompleta creemos que la reflexión sobre Berlin se concentra en los siguientes estudios: un sugestivo ensayo de Mario Vargas Llosa significativamente titulado Isaiah Berlin: un héroe de nuestro Tiempo publicado por Muchnik Editores como presentación al trabajo de Berlin, El erizo y la zorra: sobre la visión histórica de Tolstoi (1982); la introducción a Conceptos y categorías a cargo de Bernard Williams; la profunda reflexión, de Roger Hausheer que figura como intro-

ducción a Contra la corriente; la introducción de Aileen Kelly al libro de Berlin Pensadores Rusos; el ensayo de Noel Annan introductorio a Impresiones Personales, y el amplio comentario de Jonathan Lieberson y Sidney Morgenbesser sobre Las preguntas y las elecciones de Isaiah Berlin publicado en Mayo de 1980 y Agosto-Septiembre del mismo año por la prestigiosa revista Información Comercial Española traducido de "The New York Review of Books". Una interesante entrevista del filósofo Bryan Magee efectuada a Berlin para la serie de la televisión británica BBC, Los Hombres detrás de las ideas: algunos creadores de la filosofía contemporánea, fue publicada por el F.C.E. en 1982.

Cuando comentamos en estas mismas páginas la aparición de Contra la corriente, calificábamos a Berlin de "filósofo reformista" defensor acérrimo de la soberanía individual, pero convencido a su vez de la necesidad del cambio social y de las concesiones que éste exige, y señalábamos que Berlin es un resuelto adversario de cualquier clase de dogmatismo intelectual o de despotismo social o moral. Ahora, a raíz de la lectura de su obra Impresiones Personales, se nos confirma ese talante liberal de alta valía, al trazar la semblanza humana de los políticos: Wiston Churchill, Franklin D. Roosevelt y Chaim Weizmann; de los filósofos J.L. Austin y John Plamenatz; del economista Hubert Henderson; de los pensadores Albert Einstein y Aldous Huxley, y de otros académicos. La semblanza humana, siempre elogiosa, de personalidades que se cruzaron en la vida de Berlin, que se traza en Impresiones Personales, no constituye una mera serie de homenajes convencionales. En sus opiniones sobre estos hombres, Berlin concreta, con maestría, su propia sabiduría de la vida construida entorno a una concepción muy particular del pluralismo de valores, entrañablemente unida a su conciencia liberal.

Conflicto entre fines buenos

El pluralismo de valores que defiende Berlin está anclado en su convicción de que no siempre es posible perseguir un valor positivo o un fin bueno sin tener que abandonar en el camino otro valor u otro fin también igualmente bueno y positivo. En todas sus obras, Berlin ha reflexionado intensamente sobre el error que cometemos al suponer que todos los bienes, todas las virtudes, todos los ideales, son compatibles entre si. Con frecuencia creemos, equivocadamente, que todo lo deseable puede unirse, en última instancia, en un todo armonioso sin pérdida o bien sucumbimos a la ilusión de que un valor (la libertad o la igualdad, por ejemplo) pueda sobreponerse a todos los demás valores y reestructurarlo todo.

Es bastante común el deseo de acrecentar al máximo una virtud en particular: menos frecuente es el reconocimiento de que no siempre es posible hacerlo sin mengua fatal de unas virtudes respecto de otras. Berlin sostiene que una creencia es la responsable del holocausto de los individuos en los altares de los grandes ideales históricos. Esta creencia es la de que "en alguna parte, en el pasado o en futuro, en la revelación divina o en la mente de algún pensador individual, en los pronunciamientos de la historia o de la ciencia, o en el simple corazón de un hombre bueno no corrompido, hay una solución final. Esta vieja fe se basa en la convicción de que todos los valores positivos en los que han creído los hombres tienen que ser compatibles en último término, e incluso quizá tienen que implicarse unos con otros". Pero, ¿es esto verdad?

"Es un lugar común que ni la igualdad política, ni la organización eficaz ni la justicia social son compatibles con más de una pequeña cantidad de libertad individual -y desde luego no lo son con un "laissez-faire" ilimitado-, y que la justicia y la generosidad, las lealtades públicas y privadas, las exigencias del

genio y las pretensiones de la sociedad pueden entrar en conflicto violento unas con otras".

Cabe, pues, la posibilidad de que los conflictos de valores sean un elemento intrínseco e inamovible de la vida humana. "Esa posibilidad de conflicto y tragedia no puede ser nunca eliminada por completo de la vida humana, personal o social. Esto da valor a la libertad de elección y decisión tal como la concibió Acton: como un fin en sí misma, y no como una necesidad temporal que surge de nuestras confusas ideas y de nuestras vidas irracionales y desordenadas, ni como un trance apurado que un día pueda resolver una panacea".

Fronteras a la libertad.

Eso no quiere decir que la libertad individual sea, incluso en las sociedades más liberales, el único criterio, ni siquiera el dominante para obrar socialmente. A través de la historia del liberalismo es constatable que el tema central para el pensamiento liberal es el de cómo y dónde se establecen las fronteras entre la libertad individual y la interferencia del Estado.

Berlin nos recuerda que "el grado de libertad que goce un hombre o un pueblo, para elegir vivir como quiera tiene que estar medido por contraste con lo que pretendan significar otros valores, de los cuales quizá sean los ejemplos más evidentes la igualdad, la justicia, la libertad, la seguridad, o el orden público. Por esta razón la libertad no puede ser ilimitada. R.H. Tawney nos recuerda acertadamente que hay que restringir la libertad del fuerte, sea su fuerza física o económica. Esta máxima pide respeto no como consecuencia de alguna norma a priori por la que el respeto por la libertad de un hombre implique lógicamente el respeto de la libertad de otros que son como él,

sino simplemente porque el respeto por los principios de la justicia, o la deshonra que lleva consigo tratar a la gente de manera muy desigual, son t an b asicos en los hombres como el deseo de libertad".

Para Berlin resulta claro que "la defensa de la intervención del Estado, o de otras instituciones eficaces, para asegurar las condiciones que requieren tanto la libertad "positiva" de los individuos -de realización de los derechos individuales- como un grado mínimo de su libertad "negativa" - de no interferencia en mi actividad más allá de un límite que es cambiabile, pero siempre reconocible-, tiene recursos abrumadores. Esto lo sabían liberales tales como Alexis de Tocqueville, John Stuart Mill, e incluso Benjamin Constant (que valoraba la libertad negativa más que ningún otro escritor moderno). La defensa de la legislación social, de la sociedad de bienestar y del socialismo puede hacerse con tanta validez a partir de la consideración de lo que pretende la libertad negativa como a partir de la consideración de lo que pretende su hermana la libertad positiva, y si, históricamente no se hizo así con frecuencia, fue porque la clase de mal contra el que era dirigida el arma del concepto de libertad negativa, no era el "laissez-faire", sino el despotismo".

Los peligros específicos que más nos amenazan en este momento, siguen siendo, por un lado el excesivo control o la excesiva interferencia; y, por el otro, la economía de "mercados" sin control.

El ultra-liberalismo a la moda parece olvidar que la defensa de la no-interferencia del Estado en determinados aspectos de la vida económica y social no ha de ser utilizada para

apoyar tácticas políticas socialmente destructivas, que den armas a los fuertes, brutales y sin escrúpulos, contra los débiles y humanitarios. Querer regresar a la competencia capitalista sin restricciones, supone olvidar que en la historia del individualismo económico las libertades legales fueron compatibles con extremos de explotación, brutalidad e injusticia. Los sistemas sociales y legales que permitieron y alentaron el "laissez-faire" sin restricciones, condujeron a violaciones de la libertad, de los derechos humanos básicos (que son siempre una idea "negativa" de no interferencia, de muralla contra los opresores) incluyendo entre ellos el derecho a la libertad de expresión y asociación. El ultra-individualismo liberal es en la actualidad una fuerza circunstancialmente ascendente, que lucha contra lo más querido por la tradición liberal: la libertad sólo se alcanza combinando cuidadosamente fuerzas individuales creadoras con resortes de seguridad en el cuerpo social y cautelas en el plano de lo político, en un equilibrio precario, siempre amenazado.

Remodelar la sociedad liberal

En cuanto al otro extremo igualmente nocivo, el del excesivo control y la excesiva interferencia, obedece al deseo profundo de evitar la colisión entre diversos fines humanos, imponiendo por encima de ellos el valor de la igualdad-equidad.

Como sabemos, la creencia en la igualdad ha arraigado en el pensamiento humano, menos por la vía de la conexión lógica, que por la de la afinidad psicológica. Sin duda hemos de considerar a la igualdad como una de las metas definitivas de los hombres, como algo que debe realizarse siempre que no pueda demostrarse que produce un daño irreparable. Sin embargo, no debemos sentirnos, dice Berlin, inmoderadamente magnetizados por la seguridad o por la igualdad a expensas de las libertades existentes. Insiste en que debemos ser tolerantes con la ideosin

cracia e incluso, a veces, con la ineficiencia. Debemos aprender a vivir con ajustes políticos lógicamente burdos (entorno a los grados posibles de igualdad, libertad u otros valores), con correcciones flexibles e incluso ambiguas. Según su opinión "una causa humana digna promovida por medios que son demasiado unilaterales y sectarios corre el peligro de convertirse en lo contrario: la libertad en opresión en nombre de la libertad; la igualdad en una nueva oligarquía que se perpetua para defender la igualdad; la justicia en una destrucción de todas las formas de no conformismo; el amor a los hombres en odio a aquellos que se oponen a los métodos brutales para conseguirlo".

Es una verdad necesaria y no contingente que todo no lo podemos tener; por ello Burke pedía el espíritu constante de compensar, reconciliar y equilibrar. O, nos recuerda Berlin, "lo que pedía Mill: nuevos "experimentos de vida" con su permanente posibilidad de error, y la conciencia de que no sólo en la práctica, sino también en principio, es imposible lograr respuestas tajantes y ciertas, incluso en un mundo ideal de hombres totalmente buenos y racionales y de ideas completamente claras. Puede que ello enoje a los que buscan soluciones finales y sistemas únicos omnicomprensivos, garantizados como eternos. Sin embargo, esta es una conclusión que no pueden eludir aquellos que han aprendido con Kant la verdad de que del torcido leño de la humanidad nunca ha nacido nada derecho".

Como han señalado acertadamente Lieberson y Morgenbesser, Berlin teme normalmente la mentalidad que confía en el Gobierno para resolver los problemas humanos y, por ello, muchos de sus escritos están encaminados a señalar la importancia de los derechos individuales frente al Estado. Sin embargo, Berlin no desdén la cooperación y el asociacionismo voluntario ya que tiene aguda conciencia de que la moderna sociedad liberal obliga a mu

chas a veces a sus miembros a llevar una vida mecánica y carente de imaginación, llena de penosos trabajos y monotonía; situación que va en contra de los ideales liberales.

Berlin piensa que un mayor respeto por la verdad, la decencia, la sinceridad, incluso la caridad, en contra de una tradición que contempla la sociedad como una compañía mercantil que se sostiene únicamente por obligaciones contractuales podría permitir a la sociedad liberal remodelar sus instituciones. Esta remodelación, no puede, sin embargo, realizarse completamente, de una vez por todas. Por tanto, debemos estar preparados para soportar la angustia de la elección política entre fines buenos que, según piensa Berlin, es precisamente "un caso especial de elección planteada al intelecto occidental de la forma más vivida por Maquiavelo, para quien, tanto en nuestra vida personal como social, bajo la superficie de un modelo aparentemente claro de valores morales se encuentra la contradicción, la colisión y el conflicto".

Pluralismo de valores

La grandeza de la sociedad democrática liberal reside en el hecho de que existen ^cmen^vosismos institucionales vigorosos para no reducir drásticamente, autoritariamente, los conflictos inherentes a nuestro sistema de valores. La conciencia democrática moderna basada en el reconocimiento de una pluralidad de valores competitivos, es valiosa no sólo porque reconoce la existencia de los valores que de verdad existen. Es una conciencia estimable porque se halla dispuesta a construir una vida entorno al hecho de que estos distintos valores poseen cada uno una significación humana real e inteligible, y no son simplemente errores, desorientaciones o tristes expresiones de la naturaleza humana. Como ha señalado Bernard Williams, construir una vida de cualquier

otra manera, sin aceptar el papel profundo y creador que esos distintos valores pueden desempeñar en la vida humana, sería una evasión de algo que, ahora, con la experiencia liberal moderna sabemos que es verdad: no existe sociedad libre sin pluralismo de valores.

El pluralismo, con el grado de tolerancia y no-interferencia que lleva consigo, "me parece a mi -escribe Berlin- más verdadero y más humano que los fines de aquellos que buscan en las grandes estructuras autoritarias y disciplinadas el ideal de autodomínio "positivo" de las clases sociales, de los pueblos o de toda la humanidad. Es más verdadero porque, por lo menos, reconoce el hecho de que los fines humanos son múltiples, no todos ellos son conmensurables, y están en permanente rivalidad unos con otros". (...) El pluralismo es "más humano porque no priva a los hombres (en nombre de algún ideal remoto o incoherente -como les privan los que construyen sistemas-) de mucho de lo que han visto que les es indispensable para su vida como seres humanos que se transforman a sí mismos de manera imprevisible. En último término, los hombres eligen entre diferentes valores últimos, y eligen de la manera que eligen porque su vida y su pensamiento están determinados por categorías y conceptos morales fundamentales que, por lo menos en grandes unidades de tiempo y espacio, son parte de su ser, de su pensamiento, y del sentido que tienen de su propia identidad; parte de lo cual les hace humanos".

"Puede ser -nos dice Berlin con fina ironía- que el ideal de libertad para elegir fines sin pretender que éstos tengan validez eterna, y el pluralismo de valores que está relacionado con esto, sea el último fruto de nuestra decadente civilización capitalista; un ideal que no han reconocido épocas remotas ni sociedades primitivas, y que la posteridad mirará con curiosidad,

incluso con simpatía, pero con incomprensión. Esto puede ser así, pero a mí me parece que de esto no se sigue ninguna conclusión esceptica. Los principios no son menos sagrados porque no se pueda garantizar su duración. En efecto, el deseo mismo de tener garantía de que nuestros valores son eternos y están seguros en un cielo objetivo, quizá no sea más que el deseo de certeza que teníamos en nuestra infancia o los valores absolutos de nuestro pasado primitivo".

Pedir algo más que la validez relativa de las convicciones que defendemos "es quizá una necesidad metafísica profunda e incurable, pero permitir que ella determine nuestras actividades es un síntoma de inmadurez política y moral, igualmente profunda y más peligrosa".

Miquel Rubirola

6 de desembre 1.985